



Queridos amigos:

Os saludo de nuevo con mi carta mensual que esta vez viene con un poco de retraso. Como siempre, os invito a pensar y a encontrar un poco de tiempo de silencio para que buscareis la verdad que nos habita y que demasiadas veces está escondida por la rutina y los propios pensamientos que creen saber ya todo lo que somos y lo que son las cosas. Vamos allá.

Cuentan que en el s. V a.C. unos reyes nepalís, conociendo los dolores y las asperezas del mundo de los hombres, quisieron preservar de todas ellas a su hijo, el príncipe Siddhārtha Gautama. Para ello desde muy pequeño le rodearon de los mejores alimentos, los mejores vestidos, la mejor educación. Prohibieron que en su entorno aparecieran hombres viejos, feos o se hablara de las tristezas de la vida. Los aposentos de su palacio eran pura belleza. Así vivió toda su juventud convencido de que la vida era eso: alegría inacabable, bienestar perpetuo, belleza total, fluir pasivo, sin esfuerzo de la vida...

Cuentan también que un día escuchó una canción melancólica de una de las jóvenes que trabajaban en el palacio y se sorprendió. No conocía los cantos tristes. Preguntó y descubrió que había otro mundo, mucho mayor y del que estaba separado, como encerrado en una jaula de oro. Pidió a sus padres que se lo mostraran, pero ellos no querían que sufriera y organizaron una visita guiada para que no viera más que lo mismo. ¿Para que hacerle sufrir? -se dijeron-. Pero un imprevisto hizo descubrir al príncipe Siddhārtha la vejez, la enfermedad y la muerte. A partir de ese momento su vida intentó contestar a la pregunta: ¿cómo eliminar el sufrimiento en su interior y en el mundo que le rodeaba sin huir de él? Pasó muchos años hasta encontrar. Seguro que ya sabes que estoy hablando de Buda (que significa el consciente, inteligente, despierto, iluminado). Creyó descubrir que el silencio y la compasión eran las formas básicas para encontrar la verdad y superar el sufrimiento.

Cuento esta historia porque creo que nuestra cultura intenta haceros vivir en esta jaula de oro que es una vida sin sufrimientos. Vuestros padres han buscado daros lo mejor y parece que lo han conseguido por la holgura y comodidad con la que vivís. La cultura, por otra parte, intenta haceros viajar por el mundo sin mirar la verdad de los sufrimientos de la vida, (como los padres de Buda) haciéndoos olvidar que existe 'lo otro'. Pero, como descubrió Buda, esto no basta, la vida no es sólo bienestar y felicidad, ni para nosotros que seremos asaltados antes o después por la tristeza y el dolor, ni para la mayor parte de la humanidad que sufre ante la mirada impasible de aquellos a los que les va bien.

Cuentan también que un día Jesús contó a sus discípulos una parábola en la que invitaba a los hombres a mirar a los heridos que se encontraban en su camino (se trata de la parábola del buen samaritano, Lucas 10, 25-37). Los que no miraban se convertían en hombres inhumanos. Los que miraban y se detenían a ayudar descubrían lo mejor de sí mismos. Y cuentan también que Jesús enseñó a sus discípulos a llenar el silencio de su corazón con la palabra Padre y aprender que toda soledad interior está habitada por una compañía fiel, que acompaña cuando las cosas van bien y cuando van mal.

Ahora ambos, Buda y Jesús, te invitan a pensar si estás encerrado en una jaula de oro, si estás cómodo en ella, pero perdiendo lo mejor que puedes sacar de tu vida por pensar sólo en tu alegría, tu bienestar, tu descanso... No se trata de convertirse en la madre Teresa de Calcuta, sino de pensar para qué estudiáis, si os detenéis con los que sufren y en que medida, si estáis dispuestos a sufrir o a privaros de algo por lo que merece la pena,... Si algo necesita nuestro mundo es gente que no piense sólo en sí misma, en su riqueza, en no tener problemas, en exprimir el mundo aunque el jugo no llegue para todos...

Dios llega por muchos caminos, una vez dijo: "Cada vez que acogisteis a uno de estos, los más pequeños y necesitados, lo hicisteis conmigo". Nada más.

Un saludo. Paco